

¿Causa de la muerte? Burla y encarnación de la mirada enferma. La exhumación de «El tuerto»

Diana Hernández Castillo

Introducción

En este trabajo nos proponemos rescatar un documento, ahora histórico, un cuento elaborado por Francisco Zárate Ruiz (1877-1907), un decadentista¹ del cambio de siglo mexicano que colaboró en la *Revista Azul*, la *Revista Moderna*, *Savia Moderna* y *El Mundo Ilustrado* (este último conocido como el «semanario de las élites»). De acuerdo con Landeros: «los relatos de Zárate Ruiz [...] no tuvieron una periodicidad regular [...] A lo largo de su vida, se desempeñó como redactor, editor o director de distintos periódicos, al tiempo que ocupó diferentes puestos administrativos, privados y públicos». En este tenor, podría argumentarse que su decadentismo e ideas estéticas se apegaron al estilo de Bernardo Couto Castillo (1880-1901) quien, se ha asegurado, tuvo «un antecedente en el seguidor mexicano de Poe, Francisco Zárate Ruiz», Ciro B. Ceballos (1873-1938), Alberto Leduc (1867-1908) y Julio Ruelas (1870-1907), entre otros, en la *Revista Moderna*. Sin embargo, Zárate no se integró ni encajó en dicho grupo totalmente.²

¹ Como menciona Bobadilla, «a principios de la década de 1890 aparece en México un grupo que, conscientemente, retoma, reelabora y proyecta a nivel nacional un proyecto estético al que inicialmente se llamó como “decadentista”. Después de una serie de polémicas [...] alrededor de 1896 o 1897, se renombró como “modernista”, e hizo suyo y compartió el modelo estético ya conocido como tal en el resto de Hispanoamérica». El decadentismo, en sus inicios, «representó el “hastío”, las “convulsiones angustiadas”, la duda existencial y religiosa [...] se asumía como un nuevo estado de conciencia que revelaba nuevas emociones y percepciones del mundo [...] está ubicado en el nivel del punto de vista, de la perspectiva del hombre y del mundo que se articula a través de las sensaciones, del estado del espíritu, del estado de ánimo suprasensible e hiperestesiado, del refinamiento espiritual de los narradores». Así, se puso el acento en la intuición, la percepción y «las motivaciones que están más allá de las apariencias sensoriales». De esta manera, los decadentistas no huirían de la realidad. Buscaban nuevas percepciones «sublimas e infinitas [...] que revelaran un sentido humano y humanista más pleno» en el terreno abyecto y escabroso, pues este abordaje aseguraba distanciarse de otras corrientes literarias hegemónicas, como el costumbrismo y realismo. Pero también revelaban un mundo interno que mostraba la represión de la época, despojándose del velo de las apariencias. Además, ese mundo interno revelaba «las sensaciones que evocaban los estímulos externos». Ello quedó materializado con la narración en primera y tercera persona, retrato psicológico de la autoría de los cuentos decadentistas. Cfr. Gerardo Bobadilla, *Cuento y decadentismo en el modernismo mexicano. 1890-1900*, pp. 105-110, 112, 114 y 116.

² Alfredo Landeros, *Rescate, edición y estudio de la obra narrativa periodística de Francisco Zárate Ruiz (1877-1907)*, pp.

¿Por qué? Creemos que hay, por el momento, tres conjeturas. La primera es que Zárata, hacia 1896, fue denunciado por el director de la Escuela Nacional Preparatoria (ENP), Vidal Castañeda y Nájera (1836-1903), y apresado por redactar algunas notas, según el criterio de Castañeda, difamatorias que calumniaban a dicha institución educativa. En segundo lugar, el género cultivado por el cuentista era «poco entendido» para la época (1901) y causaba una mezcla entre «extrañeza» y aprobación.³ Y, finalmente, en 1899, Zárata tuvo que dejar su puesto de prefecto en la ENP porque se desencadenó un nebuloso proceso de amonestación⁴ por el mal uso de un arma punzocortante entre los preparatorianos.⁵

Si revisamos la producción literaria zaratiana, veremos que algunos sucesos, como el abandono de la prefectura, quedaron materializados en sus cuentos.⁶ En esta línea, es posible encontrar huellas del autor en su cuentística. Dichas huellas detallan, por lo general, el dolor, la venganza, el martirio, la desesperación, el odio, el escarnio, la violencia, así como la ridiculización de seres humanos, no humanos (animales) y del mismo

Zárata. Esos sentimientos, sensaciones y emociones, en ocasiones, derivaron en malestares físicos o enfermedades que exigen ser revisados, como si realizáramos una verdadera exhumación, para determinar la verdadera causa de esa *muerte simbólica*, o real, en los personajes de algunas obras de la producción literaria zaratiana.

De este modo, en esta exhumación le practicaremos una autopsia al cuento «El tuerto», publicado el 20 de mayo de 1900 en *El Mundo Ilustrado*, pues el documento en sí (específicamente el desenlace del texto) pregunta al lector su opinión sobre lo que realmente le ocurrió al autor. Para ello *desenterraremos* y *examinaremos*, minuciosamente, cada parte del cuento transcribiéndolo (tal cual está redactado) y dialogando con él a través de diversas «teorías de la mirada» y del humor (pertenecientes a las ciencias sociales y humanidades), abordándolo como un verdadero cadáver para hallar los males que aquejaron a los protagonistas. Así, este trabajo revela, en cada parte *exhumada*, una innovación metodológica en el rescate documental que permite comprender una de tantas miradas latentes en documentos históricos que posibilitan el binomio historia-literatura del cambio de siglo mexicano.

La cabeza. La «exhumación macabra»:7 entre la flecha de Cupido y la luna siniestra

El título del cuento está ilustrado con la siguiente imagen que es la *cabeza* que dirige nuestra exhumación:

XXXVI y XXXVIII-XXXIX; Christopher Domínguez, *Historia mínima de la literatura mexicana del siglo XIX*, p. 257.

³ Landeros, *op. cit.*, pp. XXXV-XXXVI y XLI.

⁴ Es nebuloso porque aún estamos en archivos históricos recolectando y cotejando la información que clarifique (en su totalidad) cuál fue el verdadero papel del cuentista en esa amonestación. Zárata, el 23 de agosto de 1899, reportó a dos alumnos porque uno de ellos había herido con un cortaplumas a otro de manera accidental. Este suceso, como bien lo indica el Libro de Partes de Prefectos donde Zárata anotaba los castigos e inasistencias, detalla que dicho acontecimiento fue informado al director de la ENP para descubrir al culpable. Sin embargo, Zárata abandonó la prefectura enseguida. Es posible que quizá las autoridades de la ENP lo obligaran a renunciar porque esos alumnos formaban parte de la élite mexicana. Cfr. Diana Hernández, *La venganza como eje articulador de las ideas en El Mundo Ilustrado. El caso de Francisco Zárata Ruiz*, s/p. Pero esta es una hipótesis provisional.

⁵ *Ibid.*

⁶ Un ejemplo de ello es el cuento «Una venganza» publicado en *El Mundo* el 26 de noviembre de 1899. *El Mundo* cambió su nombre a *El Mundo Ilustrado* en 1900. Cfr. Viveros, *La construcción de una sociedad moderna: discursos literarios y visuales en El Mundo Ilustrado (1894-1914)*, p. 131.

⁷ Para ahondar más en las «exhumaciones macabras» y la idea de autopsias a seres sobrenaturales véase Montejo, *Autopsias a vampiros: la macabra búsqueda de criaturas sobrenaturales en Estados Unidos*, s/p.

Imagen 1. El misterio del cadáver de «El tuerto»



Fuente: Francisco Zárate, *El tuerto*, s/p.

La primera imagen muestra un gallo muerto que, al parecer, fue flechado por Cupido. ¿Acaso la flecha lo mató? De ser así, ¿entonces el gallo murió de amor? Si contemplamos la imagen veremos que el gallo cuelga de la letra «E». Es decir, está ahorcado. ¿Fue un suicidio? ¿La flecha lo remató? ¿O la flecha primero lo hirió y, por tanto, decidió suicidarse? Si observamos nuevamente el título ilustrado de «El tuerto», cerca del gallo se encuentra una luna menguante siniestra que ríe y mira burlonamente, macabramente satisfecha. ¿Por qué es una luna menguante? ¿Qué se oculta o, mejor dicho, quién se oculta atrás de ese suceso funesto? ¿Quién es la luna? Una pista la da el inicio del cuento:

Como si no bastara para mi desesperación el vocerío de los chiquillos en retozo, allá en el patio que quedaba á mis espaldas, vino á tomar parte en mi desgracia «El tuerto.»

Hasta ese día lo conocí, era nuevo en el gallinero de la corraliza que se extendía á mi vista, un poco abajo de la ventana ante la cual solía yo trabajar, tarde con tarde.

¡Qué ridículo era! Un ridículo pisaverde.

Horriblemente crestado, con la cresta amarotada, con esa coloración que toma la cara de los viejos enfisematosos, y asquerosamente calvo. El ojo derecho perpetuamente clausurado.

La coloración de las plumas, le fingía un chaleco enorme de piqué amarillo con

salpicaduras negras; pantalón blanco muy corto y ajustado, y las plumas de la cola, verdosas y brillantes, flotándole, como los faldones de un levitón viejo enorme.

Caminaba con fingida y grotesca gallardía; doblando exageradamente las piernas, contoneándose volviendo con brusquedad de un lado para otro la cabeza, y lanzando orgulloso, imbécilmente orgulloso, su mirada izquierda en derredor.

De cuando en cuando, se detenía, y lanzaba al viento su grito ronco, destemplado; ¿era el canto del gallo? No; ese no era el canto del gallo; era un graznido extraño. Su compañero de habitación sí cant[a]ba; había en su voz inflexiones, había dulzura; ¡oh! pero «el tuerto» no tenía más que una horrible aspereza en la garganta, una voz asperjada de puas, como cuerpo de erizo.

El ki-ki-ri-kí sonoro del rey del gallinero, se convertía en su pico, en un hi-hi-hí angustiosamente aspirado.

Yo experimentaba la misma molestia que se siente cuando se oye hablar á una persona enferma, cuya voz apenas suena.

«El Tuerto» me fué antipático; pero no lo odiaba yo, como he odiado á muchos animales y á muchos hombres, con deseos de muerte para ellos; lo despreciaba con un desprecio lleno de risa.⁸

En esta cabeza exhumada notamos que la mirada que ve (la del autor), la que describe al gallo, estuvo regida por un odio burlón, un desprecio repleto de humor. Dicha mirada y risa empezaron a confinar al gallo, a cercarlo, a repudiarlo y, sobre todo, a aproximarle a la muerte. Pero ¿de qué tipo de muerte se hablaría? ¿Sería una elección propia, como un suicidio? ¿Un asesinato? De ser así, ¿perpetuado por quién o quiénes?

Al describir el motivo de su burla, siguiendo lo dicho por Thomas Hobbes y Charles Baudelaire, el autor queda expuesto como un «sujeto que ríe» a causa de «algo deformado en otro», resultado de una superioridad «signo de una grandeza infinita

⁸ Francisco Zárate, *El tuerto*, s/p.

y de una miseria infinita». ⁹ Esa risa, ese odio, esa burla (es decir, ese humor cruel) pronto se materializa contra el gallo:

Y él, como si creyera que su voz tenía bellezas dignas de mostrarse, seguía lanzando su ronquísimo grito. Perseguía con tenacidad á una hermosa gallina blanca, con blancura deslumbradora.
El contraste era grande y vergonzoso para él.
El la perseguía y la perseguía, y ella se le fugaba.¹⁰

El torso y el corazón que bombea odio, desprecio y burla

El autor, al presenciar los intentos fallidos del gallo para conquistar a la gallina, se entromete en la vida cotidiana del gallinero. Siguiendo este hilo conductor, en este cuerpo exhumado, pasamos a la parte del tronco del cadáver: un cadáver cuyo corazón bombeó humor cruel y cuyas extremidades superiores fueron usadas para violentar al gallo:

Cuando ví que estaba á punto de darle alcance, arroje á la cabeza una pelotilla de papel: se detuvo, y nuevamente gritó; esa vez con susto.
Repuesto un tanto, volvió á su persecución.
Muchas veces evité de igual modo que se aproximara demasiado á ella. Gustaba yo de verlo un poco cerca, porque resultaba más la hermosura blanca de la perseguida.¹¹

Esto último revela deseos competitivos en el autor, ligados a deseos animales, que «se vuelve[n] verdaderamente humano[s] cuando se dirige[n] hacia otro deseo, y no simplemente hacia un objeto». ¹² Ese otro deseo surge de la mirada y la risa que son el motivo, el verdadero deseo, que movilizó el corazón de nuestro texto: evitar que el gallo se aproximara a la gallina y, a su vez, contemplarla. Ahora bien, ese deseo debe «ser reconocido por el otro [el gallo y los

⁹ José Antonio Llera, *Una aproximación interdisciplinar al concepto de humor*, s/p.

¹⁰ Francisco Zárate, *El tuerto*, s/p.

¹¹ *Idem*.

¹² Peter Wollen, *Teoría de la mirada*, p. 87.

demás animales del gallinero], el deseo de ver que lo que uno es, o tiene, es deseado por otros»¹³:

Cada vez que le asestaba un nuevo golpe de papel, mientras él me arrojaba encima su «siniestra» mirada, ella se le burlaba, cuchicheando con el compañero de vida. Ese sí que era hermoso y joven; con razón se disputaban su amor ellas.

Era fuerte y grande; por eso veía al «tuerto» con desprecio, y no se ocupaba en ir á castigarlo. Sólo se reía cada vez que yo lanzaba al ridículo gallinaceo, una nueva pelotilla de papel.

Repetidas veces pasó por la carita del ovíparo tenorio la risa de su burla. Y para hacer mayor esa burla, se fingía asustado por lo que pasaba al compañero, y después daba á su canto notas de carcajada.

Hubo momentos en que me guiñó los ojos, como para interrogarme qué pensaba yo de su rival. Y me reía con él, y nos reíamos del «tuerto.»

También la graciosa cara de ella, la ví bañada de risa á menudo.

Lejos del perseguidor rascaba la tierra, como si buscara algo que hubiera perdido, y luego con miradas de soslayo lo provocaba hasta que él emprendía nuevamente su tarea, y ella emprendía nuevamente la carrera de la huída.

Y allí permanecí gastando muchos cigarros y ninguna tinta, hasta que, apenas se veían ya á lo lejos las nubes que perezosas bajan á recostarse sobre las montañas.

Para ellos era muy tarde. Acaso yo era quien los había desvelado.

Todos fueron á recogerse.¹⁴

De esta manera, el humor cruel del autor (que comparte algunos ecos autobiográficos con Zárate, dado que también es escritor) fue contagiado a otros miembros del gallinero de modo tal que desarrollaron una comicidad bufonesca y burlesca sumamente agresiva¹⁵ con el objetivo de exhibir y humillar al gallo envejecido. Pero ¿dicha tarea tuvo éxito? ¿Lograron atormentar al gallo?

¹³ *Ibid*, p. 88.

¹⁴ Francisco Zárate, *El tuerto*, s/p.

¹⁵ Llera, *op. cit.*, s/p.

Desde la reja de entrada de su común habitación, «El tuerto» me aventó por despedida su mirada rabiosa.

Al reirme de él por última vez en el día, estuve á punto de hacerle una mueca, como un chiquillo mal educado reñido con otro.

Cuando lo ví la segunda tarde, seguramente porque la noticia de nuestra burla, había circulado en el gallinero, todos los habitantes de allí se mofaban de él.

A veces se escuchaba un coro de risas que de seguro habían ensayado cuidadosamente de antemano, para que resultase muy uniforme.¹⁶

Siguiendo este hilo conductor, hay una importancia en la mirada, pero también en «la devolución de la mirada, en reconocimiento del deseo del otro».¹⁷ En este tenor, «El humor puede agredir buscando la complicidad con el receptor»,¹⁸ receptores que no solo son los habitantes del gallinero, también se refiere al público lector. Si contemplamos nuevamente la primera imagen observaremos que la luna siniestra, en realidad, es un personaje del cuento, presumiblemente el autor. Derivado de ello, el Cupido que flechó al gallo representa una tragedia, puesto que dicho ser mitológico «no siempre fue defensor de los enamorados, también fue el causante de un sin fin de catástrofes motivadas por el deseo» y la codicia.¹⁹

Extremidades inferiores: echar a andar la autodestrucción del gallo

Una vez que se materializó el humor cruel en el gallinero, se intensificó el odio del gallo hacia el autor. Ese odio bombeado por el corazón pronto circuló en las extremidades inferiores, lo que *echaría a andar* el final fatídico del gallo:

«El tuerto» me demostraba su odio, un inofensivo y ridículo odio de gallo, con su mirada dura, muy dura, que, para ir á clavárseme en el cuerpo, le salía

constantemente de su ojo—ojo enrojecido y brillante que hacía imaginarse una lamparilla colocada detrás de él.²⁰

El gallo devuelve la mirada como una forma de resistirse a los deseos competitivos del autor. Su mirada penetra cada vez más en él sin que este último sepa que gracias a esa *mirada enferma* el gallo se irá encarnando en él. Ahora bien, se encarna no solo la enfermedad, también el deseo animal del gallo (contemplar la belleza de la gallina) al grado que el autor pierde el sentido de la realidad y abandona la escritura. La encarnación de la *mirada enferma* ocasiona que el autor observe determinadas cotidianidades en el gallinero, derivadas de su humor cruel, y nos preguntamos ¿qué permite *mirar* un ojo enfermo? ¿Qué se muta, se encarna y se habita? La respuesta está en el odio burlón circulante presente en el cuento:

Estaba encaprichado en que había de ser su amante la gallina blanca, y no perseguía á alguna otra; desde que les abrían el pequeño gallinero, para que gozasen de una relativa libertad en el corral, renovaba su labor de persecución tras ella.

Salía á paso majestuoso, después de inclinar la cabeza al pasar bajo la puerta bastante alta; ¡temía, convencido de su talla, lastimarse la cresta amoratada.

Sacudía las alas, como esos hombres que al salir de una pieza en donde sintieran sofocante calor, se dan aire agitando el saco contra el cuerpo.

Después, como siempre, levantaba pausadamente la pierna, y avanzaba pavoneándose.

Me miraba con amenaza, previniéndome que no fuese á empezar mi cotidiana y desesperante burla, que luego secundaban sus congéneres.

Alguna vez me causaba lástima, y me retiraba de la ventana; pero casi siempre, al contrario, deseaba mortificarlo; pues que ¿no comprendería qué ridículo era su papel?

¹⁶ Francisco Zárate, *El tuerto*, s/p.

¹⁷ Wollen, *op. cit.*, p. 88.

¹⁸ Llera, *op. cit.*, s/p.

¹⁹ Ana Cristina, *Cupido a través de la literatura*, s/p.

²⁰ Francisco Zárate, *El tuerto*, s/p.

Por las madrugadas, cuando oía yo su cavernosa voz, cuando se complacía en romper el silencio con su ronco grito, me lo imaginaba «medio despierto,» con su pobre ojo cerrado, ya pensando en sus planes de conquista, y me reía entre las sábanas.²¹

Como puede apreciarse, la acción de mirar del gallo tiene como objetivo perturbar. De acuerdo con Wollen, «captar una mirada no es aprehender una mirada entendida como objeto del mundo [...] es ser conscientes de *ser mirados*». Así, quien es mirado es convertido en un objeto que es contemplado con fuerza. De esta manera, el gallo emprende una «batalla de miradas» con el propósito de subyugar²² al autor. Esa fuerza dota de imaginación a este último: se imagina cómo visualiza, para mofarse, la mirada clausurada (y el deseo) del *otro* enfermo y deformado. Siguiendo lo dicho por Hernández, gracias a la fantasía, lo psicópata, lo humorístico y aborrecible, en Zárata, es muy difuso el «límite entre lo animal y lo humano»,²³ sobre todo en lo que respecta al deseo.

Finalmente, la confinación a la burla perpetuada por el autor, y continuada por los miembros del gallinero, retornó necesariamente a la cabeza donde se originaron y agolparon diversas emociones y sentimientos de ira, tristeza, rabia y desesperación que invadieron a los animales.

De vuelta a la cabeza: el ojo y la culminación de la encarnación

De acuerdo con el autor:

Una tarde observé que el gallo joven ya no reía; parecía disgustado, parecía que encontraba demasiado tenaz la persecución del «tuerto».

Ya no había notas de carcajada en su canto, y se paseaba cabizbajo; golpeaba nerviosamente el suelo con las patitas, y pasaba el pico, lo

arrastraba contra la tierra de uno y otro lado, como los carniceros afilan su cuchillo antes de cortar.

En momentos en que el necio se acercaba a la dama blanca, quién sabe qué gritó el joven; los compañeros de gallinero no se rieron en coro, sino que, uno tras otro murmuraron muy por lo bajo, algo que no pude entender. Un pavo viejo que reía siempre larga y estrepitosamente, dió un chillido breve, cortado, lúgubre, y se acercó a un pavipollo, con el cual se puso a cuchichear.²⁴

Como puede apreciarse, en esta última cita, el autor no logra comprender el extraño comportamiento de los animales de corral. Sin embargo, la lenta encarnación del gallo (gracias al ojo enfermo que lo estuvo observando), en él, le permitió contemplar, y escuchar, la agresividad, la tristeza, las miradas (o la evitación de éstas), los gritos, los murmullos, los silencios y las ausencias que acontecieron en el gallinero:

«El tuerto» pareció entristecerse.

Y todos en silencio, entraron temprano en el dormitorio, y subieron a sus camas. (?)²⁵

Desde entonces disminuyeron las burlas.

Dos gallinas serias, matronas respetables, se paseaban juntas, comentando el caso.

Las pollas veían con indiferencia al enamorado.

El gallo joven, taciturno, vigilaba constantemente a su horrible rival. Este lo veía también con rabia, con desesperación algunas veces, ó no lo veía otras; permanecía triste, meditabundo, ¡fúnebre! olvidado en un rincón.

Y, ¡ya no gritaba!

La gallina blanca no salía del gallinero.²⁶

Sin embargo, el autor, en esta lógica del «sujeto que ríe» por ser superior al gallo, no cesó en sus burlas:

²¹ Francisco Zárata, *El tuerto*, s/p.

²² Wollen, *op. cit.*, pp. 90-91. Cursivas en el original.

²³ Sergio Hernández, *The Imp of the Perverse, inspiración de tres cuentos fantásticos mexicanos*, p. 128.

²⁴ Francisco Zárata, *El tuerto*, s/p.

²⁵ Colocar «un signo de interrogación entre paréntesis [...] es un artificio que marca una distancia respecto al narrador, porque invita a dudar de lo que éste dice». Cfr. Landeros, *op. cit.*, p. XVI.

²⁶ Francisco Zárata, *El tuerto*, s/p.

Sólo un perico de la vecindad ayudaba á mi risa, pues sabía imitar perfectamente el grito ronco y destemplado que, antes brotaba tan á menudo de la garganta del «tuerto,» llena de una horrible aspereza, aquel hí-hí-hí angustiosamente aspirado que hacía sentir la molestia que se experimenta oyendo hablar á una persona enferma, cuya voz apenas suena.²⁷

Así, tras una serie de desprecios y exposiciones a la humillación, la confinación del gallo a la burla culminó en un final fatídico:

En la noche, desde que hubo silencio, trabajaba yo ante mi mesa pobre.

Serían las doce, cuando se oyó el grito del «tuerto». Era extraño que graznase otra vez, y á esa hora.

Después, todos lo secundaron con gritos desesperantes, y el perro despertado de su buen sueño por aquella gritería, empezó á ladrar con furia.

El ruido se prolongaba, y yo no podía trabajar.

Las gallinas cacareaban dolorosamente; pedían auxilio; y el perro protestaba, porque no lo dejaban volver á su sueño.

Un drama de gallinero: «El tuerto,» insistiendo neciamente en sus imbéciles pretensiones, habría provocado la ira del gallo joven, y reñirían; ó bien, el malvado habría dado muerte, traidoramente, con premeditación... era capaz de todo: á mí, si hubiera podido, me habría asesinado.²⁸

Este último párrafo permite precisar cómo a través de la *mirada enferma* el autor imaginó dos escenarios derivados del humor cruel que él inició, acontecimientos que implicarían a su cómplice de burlas: el gallo joven. Pero la muerte del gallo sería, en realidad, un suicidio:

La algarabía era insoportable.

Abrí de par en par la ventana, y por ella salté al corralillo.

¡Qué viento y qué frío! las estrellas temblaban.

Llegué; el espectáculo fue original: «el tuerto», cerca del techo del gallinero, se columpiaba enredado entre una cuerda vieja del tendedero que le oprimía el cuello.

Aproximé la luz, y lo ví estremecerse por la última vez, y por la última vez, lanzarme una siniestra mirada del redondo ojo brillante y enrojecido.

El gallo joven y hermoso, fuerte y grande, me veía atentamente. Estaba tranquilo; él no había gritado; nada había hecho.

Cerré la puerta del gallinero, y todo volvió al silencio.²⁹

El suicidio del gallo tuvo un propósito: crear alboroto con tal de captar la atención del autor para que este acudiera al gallinero para *verlo* agonizar. En este proceso de auto estrangulamiento (colocarse a una altura considerable para ser iluminado con luz artificial), el gallo logra completar la encarnación de su enfermedad en el autor:

Al día siguiente, empecé á enfermar del ojo derecho, y al fin lo perdí.

Algunos dicen que me felicite de no haber perdido los dos; opinan como los médicos, que fué la enfermedad causada, porque salí violentamente de la habitación en que había estado trabajando durante tanto tiempo.

Eso los médicos, pero me parece una extraña coincidencia.

¡Oh! aquella última mirada siniestra del ojo enrojecido y brillante....

— Ustedes ¿qué piensan?³⁰

Es así como la causa de la muerte, del suicidio en realidad, fueron el odio burlón y el humor cruel vertidos, poco a poco, en el cuerpo del gallo envejecido. Ello nos hace reflexionar acerca de los motivos externos que orillan a un ser, no humano en este caso, a suicidarse. En este caso, deseos competitivos, superioridad, la comparación entre juventud y vejez, así como entre fealdad y hermosura, risas y amor no correspondido, atravesados por una serie de «batallas de miradas», ocasiona-

²⁷ *Ibid.*

²⁸ *Ibid.*

²⁹ *Ibid.*

³⁰ *Ibid.*

ron finales fatídicos tanto en el gallo como en el autor quien, a lo largo del cuento, reveló una «miseria infinita» revestida de superioridad. Ahora bien, con el deceso del gallo, el autor se posiciona como un individuo inferior «físicamente» que, con su mirada clausurada, refuerza su decadentismo al convertirse en un observador que *mira* al mundo a través de sensaciones ligadas al, como dice Bobadilla, «ánimo suprasensible e hiperestesiado».

Reflexiones finales

Como mencionábamos líneas arriba, en la primera imagen de este texto la luna siniestra sonríe de manera macabra. Al finalizar la exhumación, podemos advertir que es una luna menguante porque la *otra cara* oculta el ojo perdido del autor. Sin embargo, la risa continúa, puesto que es una risa eterna; una risa que contribuyó a la extinción del deseo, así como a la (auto)destrucción suicida de un ser vivo. Por ello, creemos, que la posición de la luna está cuidadosamente colocada detrás del gallo.

Finalmente, cabe destacar que los propósitos principales de esta exhumación fueron rescatar documentación resguardada u olvidada en archivos históricos digitales. Asimismo, pretendemos dar a conocer escritores latinoamericanos poco conocidos, como es el caso de Zárate. Si ahondamos en su producción literaria y la cotejamos con fuentes históricas que detallen su vida laboral e intelectual, lograremos descubrir por qué no fue un autor tan reconocido en *La República de las Letras* del siglo XIX y a lo largo del siglo XX en México. Por otro lado, su cuentística, influenciada por la literatura norteamericana y quizá francesa, como Guy de Maupassant,³¹ podría ser un elemento clave para comprender a las publicaciones periódicas más prestigiosas, como *El Mundo Ilustrado*, dentro de las corrientes literarias nacionales e internacionales³² que circularon en tales impresos, como el decadentismo. En este sentido, como se mencionó

líneas arriba, los autores de esta corriente literaria hicieron énfasis en «la dimensión psicológica» al pensar en un público lector que los leía en la “prensa periódica”. Ejemplo de ello es el final zaratiano: «—Ustedes ¿qué piensan?». Así, hay «malicia [...] destreza narrativa, cálculo de los efectos y saber ocultar otra u otras historias en la historia principal».³³ Pero no solo a nivel textual, también en el rubro visual, como fue el caso de la luna siniestra que se oculta en el título ilustrado. Si contemplamos este título veremos que contaba con «una calidad nunca antes vista» lo que, en conjunto con las temáticas y problemáticas sociopolíticas y culturales abordadas, convirtieron a *El Mundo Ilustrado* en una publicación «de lujo» con ilustraciones y tipografías cuyo objetivo era «crear un imaginario moderno y modernizador de la sociedad».³⁴ De este modo, esta exhumación puede contribuir a examinar nuevas aristas en el campo de la historia literaria, de las artes visuales, de la historia de las publicaciones periódicas, así como algunos aspectos sociopolíticos y culturales latentes en el cambio de siglo mexicano.

³¹ Véase Viveros, *La construcción de una sociedad moderna: discursos literarios y visuales en El Mundo Ilustrado (1894-1914)*, p. 146.

³² Diana Hernández, *La venganza como eje articulador de las ideas en El Mundo Ilustrado. El caso de Francisco Zárate Ruiz*, s/p.

³³ Marco Antonio Campos y Luz América Viveros, *Antología del cuento modernista y decadentista (1877-1912)*, pp. 14-15. *Cursivas en el original.*

³⁴ Viveros, *op. cit.*, pp. 131-132 y 143.

Fuentes

Bobadilla Encinas, Gerardo Francisco, «Cuento y decadentismo en el modernismo mexicano. 1890-1900», en *Hispanófila*, núm. 198, 2023, pp. 103-118. Recuperado de: <<https://muse.jhu.edu/pub/210/article/901032>>. Fecha de consulta: 4 de noviembre de 2024. Campos, Marco Antonio y Luz América Viveros (eds.), *Antología del cuento modernista y decadentista (1877-1912)*, UNAM, Ciudad de México, 2022. Cristina, Ana, «Cupido a través de la literatura», en *Conecta*, Sonora, 12 de febrero de 2021, s/p. Recuperado de: <<https://conecta.tec.mx/es/noticias/sonora-norte/institucion/cupido-traves-de-la-literatura>>. Domínguez Michael, Christopher, *Historia mínima de la literatura mexicana del siglo XIX*, El Colegio de México, Ciudad de México, 2019. Hernández Castillo, Diana, «La venganza como eje articulador de las ideas en *El Mundo Ilustrado*. El caso de Francisco Zárte Ruiz», en I Coloquio de Doctorandos en Historia Intelectual de América Latina y el Caribe. «Revistas y redes en la historia intelectual latinoamericana, siglos XIX-XX», Seminario de Historia Intelectual de América Latina (SHIAL), 2024. Hernández Roura, Sergio, «*The Imp of the Perverse*, inspiración de tres cuentos fantásticos mexicanos», en *(An)ecdótica*, núm. 1, 2023, pp. 119-137. Recuperado de: <<https://revistas-filologicas.unam.mx/anEcdotica/index.php/anec/article/view/144>>. Fecha de consulta: 1 de diciembre de 2024. Landeros Jaime, Alfredo, *Rescate, edición y estudio de la obra narrativa periodística de Francisco Zárte Ruiz (1877-1907)* (tesis de licenciatura), UNAM, 2017. Llera, José Antonio, «Una aproximación interdisciplinaria al concepto de humor», en *Signa. Revista de la Asociación Española de Semiótica*, núm. 12, 2003, s/p. Recuperado de: <https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/signa-revista-de-la-asociacion-espanola-de-semiotica--1/html/027e2832-82b2-11df-acc7-002185ce6064_51.html>. Fecha de consulta: 23 de noviembre de 2024. Montejo, Erika, «Autopsias a vampiros: la macabra búsqueda de criaturas sobrenaturales en Estados Unidos», en *National Geographic*. Recuperado de: <<https://www.ngenespanol.com/historia/autopsias-a-vampiros-la-busqueda-de-criaturas-sobrenaturales-en-eu/>>. Viveros Anaya, Luz América, «La construcción de una sociedad moderna: discursos literarios y visuales en *El Mundo Ilustrado* (1894-1914)», en Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz (eds.), *La modernidad literaria: creación, publicaciones periódicas y lectores en el Porfiriato (1876-1911)*, UNAM, Ciudad de México, 2020, pp. 131-154. Wollen, Peter, «Teoría de la mirada», en *New Left Review*, núm. 44, 2007, pp. 86-100. Recuperado de: <<https://newleftreview.es/issues/44/articles/peter-wollen-teoria-de-la-mirada.pdf>>. Fecha de consulta: 29 de diciembre de 2024. Zárte Ruiz, Francisco, «El tuerto», *El Mundo Ilustrado*, 20 de mayo de 1900, s/p. Recuperado de: <https://hemerotecadigital.uanl.mx/files/original/1/3650/El_Mundo_Ilustrado._1900._Ano_7._Tomo_1._No._20._Mayo_20..ocr.pdf>. Fecha de consulta: 12 de noviembre de 2024. Zárte Ruiz, Francisco, «Una venganza», *El Mundo*, 26 de noviembre de 1899, s/p. Recuperado de: <https://hemerotecadigital.uanl.mx/files/original/1/3625/El_Mundo._1899._Ano_6._Tomo_2._No._22._Noviembre_26..ocr.pdf>. Fecha de consulta: 15 de noviembre de 2024.